

# Metro de Barcelona.

Ariadna Santos Guerrero

Image not found.

## Capítulo 1

Otra vez el metro iba abarrotado. Aunque a las siete y cuarto de la mañana, ¿qué esperaba? Aún así estaba contenta. A esa hora de la mañana, su tren siempre se cruzaba con otro. Con otro que iba en dirección contraria.

Siempre paraban en la misma estación, en Plaça de Sants. Él iba en dirección Vall d'Hebron mientras que ella iba hacia Cornellà Centre. Solo le quedaban dos paradas para cruzarse con él. No pudo evitar ponerse nerviosa.

Él era un hombre apuesto. Siempre iba trajeado y llevaba el pelo impecable. Se preguntaba de qué trabajaría. A lo mejor era contable, o directivo de una empresa. O a lo mejor no trabajaba en nada, pero le gustaba ir trajeado.

Marta iba comprimida en ese tren, a cada estación que paraba, se subía el doble de gente que se bajaba. Al parar en la estación de Sants Estació, pudo respirar un poco. Por suerte era una estación donde se juntaban varios transportes públicos y mucha gente bajaba ahí.

El pitido anunciando que se iban a cerrar las puertas puso en alerta a Marta, quien fijó la vista hacia las vías, esperó impaciente el otro tren. Las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha.

Marta se retocó un poco el pelo y comprobó su aliento. Luego recordó donde estaba ella y donde lo vería a él y se sonrojó. Sintiéndose estúpida. El tren parecía ir más rápido de lo normal. ¿Y si hoy no conseguía verlo? ¿Y si hoy no había cogido el tren como cada mañana?

“Mierda” pensó. Se estaba comiendo la cabeza por una persona que ni siquiera conocía. Era ridículo. Aún así no apartó la mirada de la ventanilla ni un momento.

El tren paró en la estación de Plaça de Sants. Una estación que había cruzado yendo y viniendo de casa al trabajo millones de veces. Una estación simplona, algo feúcha, la verdad. Pero ahora se había convertido en su estación favorita, de todas las líneas y paradas del metro de Barcelona.

Esos escasos segundos que pasaba saludando a su compañero de tren, eran los mejores que pasaba durante el día.

Pero, por desgracia, en el otro andén no había nada. Seguramente el tren

se habría atrasado y ese día no podrían verse.

Cuando el pitido volvió a sonar, Marta perdió toda la esperanza para verlo. Pero justo en ese momento, el otro tren, el que iba en dirección contraria, entró.

Marta pegó la nariz en el cristal. Sus ojos se movían a la misma velocidad que el tren. Cuando este se detuvo por completo, vio como una persona se giró para mirar en su dirección.

¡Era él, por fin! El tren de Marta se puso en marcha y ambos se despidieron con un gesto en la mano. Por suerte, pudo verlo.

La jornada laboral había acabado más tarde de lo que esperaba. Justo cuando había decidido marcharse a casa, su jefe la había convocado a una reunión extraordinaria de urgencia. Por lo que había salido dos horas más tarde de lo habitual.

Al llegar a la estación de metro, una bocanada de aire caliente la sofocó, obligándola a sacarse el fino abrigo de entretiempo que llevaba puesto.

Se sentó en uno de los bancos de mármol que había pegados a la pared. Eran unos asientos de lo más incómodos y siempre estaban sucios. Pero esa noche no le importó, estaba agotada.

Revisó su teléfono móvil y miró las redes sociales. Instagram conseguía adormecerle el cerebro mejor que cualquier otra cosa. Se quedaba fascinada viendo vídeos donde enseñaban trucos para mejorar la vida cotidiana.

Alerta spoiler, no funcionaba ninguno.

“Tss-tss” escuchó. Marta levantó la mirada del móvil momentáneamente. Con ese vistazo tan rápido, no pudo ver ni nada ni nadie, así que continuó mirando su teléfono móvil.

“Tss-tss” seguramente alguien había reconocido a otra persona y quería llamar su atención.

“Tss-tss” Esa vez, se escuchó más fuerte.

Marta levantó la cabeza, cabreada. ¿A qué estaba llamando? ¿A un gato? Miró hacia los lados. Se fijó que las personas que estaban a su lado la miraban fijamente. Ella pestañeó un par de veces, sin entender qué

pasaba.

Fue entonces cuando desvió la mirada hacia delante. Y, finalmente, lo vio.

Allí estaba él, intentando captar su atención. Cuando sus miradas se cruzaron, él agitó los brazos para que lo mirara solo a él y la saludó.

Marta se levantó rápidamente de su asiento, incrédula a lo que sus ojos estaban viendo. ¿Era posible que ambos estuvieran en la misma estación y que solo un andén los separase?

Él miró hacia la pantalla donde indicaban los minutos que faltaban para que le tren llegara. Marta lo imitó. Era inminente. Cuando ambos se volvieron a mirar, este se encogió de hombros.

¿Iba a dejar que se le escapara esa oportunidad? ¿Iba a dejar que él se fuera a vete a saber donde y que sus encuentros fueran exclusivamente a través de los cristales del metro?

No.

Marta empezó a correr. Subió las escaleras que daban al vestíbulo. Tuvo que sortear a bastante gente que volvía de trabajar. Al bajar las escaleras que daban a la dirección contraria, escuchó como el tren llegaba a la estación.

“Mierda” pensó.

Una avalancha de gente hizo que tuviera que detener su marcha. Todo se cruzaban con ella, algunos se chocaban sin pedir disculpas y otros le barraban el paso.

Cuando por fin puso un pie en el otro andén, donde estaba él, allí no quedaba casi nadie. Solo aquellos que habían tenido mala suerte de perderlo en las narices.

¿No la había esperado? Tenía que haberla visto echar a correr. ¿Verdad?

Marta perdió toda esperanza. Toda esa carrera no había servido para nada, solo para acalorarla aún más.

Rendida, emprendió la marcha de nuevo hacia su andén, triste. El destino le había brindado la oportunidad para conocerlo y un estúpido tren se la había rebatado.

Subió las escaleras una a una, lentamente. Escuchó como el tren que

debía coger anunciaba su partida.

Qué más daba. En dos o tres minutos iba a llegar el siguiente. Ya había hecho suficiente cardio por hoy.

Justo al llegar al vestíbulo de la estación, se detuvo.

¿Era él? ¿O si cabeza la estaba engañando?

El hombre se acercó a ella, con una sonrisa espectacular en el rostro.

-Hola – la saludó, nervioso. – He ido... - le indicó con un gesto en la mano.  
– Pero tu... - continuó. – Sacudió la cabeza. – Me llamo Guillermo.

Ella sonrió.

-Marta – contestó. – Encantada de conocerte, por fin.